

morro 4/38

du

A PROPOSITO DE CUBA 24

A propósito de la famosa casa del Caballero Regidor Perpetuo Don Mateo de Pedroso, cuya fotografía apareció recientemente en el DIARIO DE LA MARINA, leyo el que estas líneas suscribe el pasado abril de 1937 un artículo publicado en la revista «Sketches» que tuvo corta la vida.

Por parecerme conjetural la referencia histórica de su contenido, y suponiendo que algunos lectores a quienes estos asuntos interesen no tuvieron conocimiento de dicho artículo, lo transcribo.

El año de 1840 —ya reinando en Francia el rey burgués y afable Luis Felipe— una cubana de linaje ilustre que brillaba en la sociedad parisienne de la época, porque —escribe la Avellaneda— «sus dulces y elevantes modales, el encanto de su amena y variada conversación, su agrable y expresiva figura y su admirable talento para la música eran circunstancias que hacían forzosamente muy codiciado el honor de ser admitido en su tertulia», Doña Mercedes de Santa Cruz, la Condesa de Merlin regresaba a la Isla de Cuba, la patria de su infancia, el país de sus primeros recuerdos que ha fijado en un librito encantador «Mis doce primeros años».

¿Quién vagando por los viejos bellos barrics de la Habana de la colonia, en peregrinación sentimental por el pasado de nuestra ciudad—sin querer a veces buscando nuestra vida muerta, con los muertos—, no ha evocado la simpática figura de la Condesa de Merlin, como si ella resumiera toda una época de gracia señorial, de vivir dulcísimo ya perdido, de sencillez noble, de aquel elegante abandono? («Del tiempo que en Cuba había señores», le oímos decir en una ocasión a un negro viejo, con la amarga nostalgia de quien conoció días y gentes mejores).

Pero donde su fantasma se precisa, donde casi podemos verla —en la hora quieta en que pueden verse y oírse los fantasmas— pasar en la volanta que el buen tío Montalvo había puesto a su disposición con el negro calesero tan bien vestido y charroladas la piel como las botas, y que la llama «Niña» con ternura respetuosa, es en este barrio de la Punta, o del Puntal «mesa de Santa María» por estas calles olorosas a mar, tan claras del mar, mecidas por el mar, barridas y lavadas por la brisa; y al atardecer tan enfermas de encanto y de melancolías, que no pueden olvidarse. Sí; aquí donde el mar se estrecha y al adentrarse en el canal se vuelve ría quieta, íntima, reflejando las nubes, las piedras y los árboles de la fortaleza.

Cuántas tardes, de éstas, en que los sentidos se emborrachan de una luz extraña, igual que con un vino, la Condesa de Merlin, ya extranjera en su tierra, y quizá por lo mismo, más su enamorada, más sensible a su magia, y a su belleza como su brisa, fina, debió alegar algún pretexto para no acompañar a la tía María Antonia en su paseo habitual por la alameda, y quedarse allí in-

móvil en su balcón que dominaba el Morro y la Cabaña, hasta que las luces del puerto se encendían y el mar también milagrosamente se llenaba de estrellas.

Cuando la Condesa de Merlin, desde el barge que la trae a Cuba, dejando atrás el Castillo, con sus doce apóstoles, la Punta, con sus cuatro bastiones bien artillados, comienza a distinguir los edificios de la Habana, el techo de la casa paterna, el campanario de Santa Clara (la pálida Sor Inés, sus ojos quemantes de enferma) el terrado de la casa de Mamita, (¡qué mundo de añoranzas, todas penetradas de ternura: la niña que fué, y que ha muerto!) en el balcón de otra casa de las más importantes, se agitan los pañuelos de bien venida, y se extiende la cordialidad de las manos como si quisieran alcanzarla desde la orilla, y de esta casa escribe Mercedes de Santa Cruz: «me es desconocida: no dice nada a mis antiguos recuerdos (1) y sin embargo yo no sé qué extraña simpatía, qué misterioso atractivo me arrastra hacia ella, oh, sí! es la casa de mi tío Montalvo, de mi protector, de mi padre. Mi corazón lo había adivinado».

Esta casa, a la que está ligada la memoria de la Condesa de Merlin en su viaje a la Habana, es el número 24 de la calle Cuba, antaño el 150. Ya pertenecía en el agitado año de 1762 al caballero Don Matheo Pedroso y Florencia, Regidor Perpetuo del Ayuntamiento, gobernando en la Isla Don Juan de Prado Malleza Fortocarrero y Luna: «la casa de mi tío es muy grande y está rodeada de altas galerías que se pierden de vista, cerradas de persianas para evitar los rayos del sol». La casa del tío Montalvo en aquella ocasión fué un continuo rebullir de gentes: «desde mi llegada todas las noches ha habido una brillante concurrencia». Los caballeros se pasean en las amplias galerías alumbradas por bujías, fumando sus tabacos y «tratan de negocios o galanterías», dice. Las mujeres, adornados de flores naturales los cabellos, en rueda conversan recio abanicándose y meciéndose como sólo saben abanicarse y mecerse las cubanas, cuya voz no era posible. —jamás será posible— acordar a la melodía de las esferas («Metálica» advierte la Merlin, que se trae de Francia la ironía leve).

Muchas noches, en aquel mismo gran salón de Cuba 24, de altísimos puntales, la Condesa de Merlin precedida de su fama de notable aficionada, canta para toda la parentela, los amigos y los esclavos que se asoman detrás de las puertas... y también escuchan en la calle con los caleseros que esperan a sus amos, y los vecinos, más negros, antiguos criados de la familia que vinieron de mañanita a saludarla y a pedirle permiso para oírla...

Pero donde más nos gusta soñar a la Merlin, criolla, donde mejor nos

(1)—La había arrendado Don Juan Montalvo.

2

la imaginemos es en este bellissimo balcón sobre la mar; «cuando frente por frente del puerto, casi enteramente acostada en el fondo de mi butaca me pongo a contemplar desde el balcón de mi tío el buque que con sus velas desplegadas se destaca a lo lejos sobre el firmamento estrellado en medio de una atmósfera clara y resplandeciente, cuando la luna aparece a mi derecha y baña con sus rayos el castillo del Morro que se eleva a mi izquierda, dibujándose en el espacio como un blanco fantasma, con su vacilante farol, ocultándose o volviendo a aparecer me creo transplantada a un mundo encantador y gozo con todas mis potencias de esta felicidad fugitiva». Es raro que el Sr. Roig de Leuchsenring, historiador de la Habana, no haya bautizado románticamente este balcón de Cuba 24, «el balcón de la Merlín». Y no dudemos que la Merlín veía los juegos de las sirenas en los caminos de luna sobre el mar y que oía al Hombre Arrecife, que vive desde hace tres siglos en una caverna profunda debajo del Castillo, tocar en su caracola una música tristesísima, tristesísima, como el barco que se aleja, de sollozos sordos y de adiós. —música de los puertos—.

El curioso, el enamorado del pasado, debe retardar el paso ante la puerta de esta casa. La sombra amable de la Merlín saldrá a su encuentro. Su calesa espera... O está de codos en su balcón, el ancho vestido de muselina blanca ondulando en la voluptuosidad que parece palpitante suavemente en la brisa, o canta en el salón para los señores y los esclavos fieles —todas las puertas del balcón de par en par abiertas— o se pasea por la amplia galería que

se abre sobre el patio lleno de helechos y de palmas. Se siente la frescura secreta del agua en el pozo, que respira, y la linda mulata Encarnación la que amanecía cantando motivos del Pirata. —a quien más de un caballero blanco a hurtadillas cortejaba—, los hondos ojos apasionados de la mulata siguen mirando todavía a través de las persianas entornadas.

¿Está plenamente seguro el autor del artículo —sin firma— que el año 1840, la Merlín en su visita a la Habana se hospeda en Cuba 24 a la sazón arrendada por los Pedroso a los Montalvo, —sus parientes— y que es ésta no otra, la casa de que habla la Condesa en sus Memorias, la cual «no dice nada a sus recuerdos de infancia» pero «que adivina su corazón» por ser la de su tío aquel Don Juan Montalvo y O-Farrill «reflejo y cumplida expresión de su brillante época» y una de las figuras más honrosas de la magnífica generación que pudo contar con hombres de la talla de Peñalver, Barrera, Romay, Arango, Cervantes Zequeira?

¿Podía el autor de dicho artículo —o cualquier otro aficionado a meterse por los rincones de nuestra historia— darnos más precisiones sobre los datos o referencias que le han servido para instalar a la Merlín en el viejo palacio de los Pedroso el año que duró su permanencia en la Habana?

Se lo agradecería, a cambio de suministrarle otro para la historia de Cuba 24... (¡que en una de sus accesorias vivió en las postrimerías de la dominación española, el verdugo de la ciudad!)

Un habanero curioso y callejero.

Dir. Mayo 4/38

falta

